

VI.

EVA.

¡Qué noche tan serena y tan hermosa! Mira, Adán, mira conmigo el cielo. Las dulces sombras han envuelto la tierra, y solo se ven lucir las estrellas, como mirándonos y sonriéndose de alegría. Más allá del límite donde alcanza nuestra vista, se distinguen nubes de mundos y de soles animados por una armonía sin fin, cruzando sus rayos en la inmensidad de los espacios. ¡Ah! esos mundos que oscilan en lo infinito, que se retratan en el lago tan dulcemente, son nuestros compañeros, nuestros amigos. Me parece que se detienen para oír mi palabra, que lanzan un rayo más animado como para besarme, y que tornan á emprender su vuelo infinito, para espaciarse en un amor tan profundo como nuestro amor. La hermosura de estas noches del Edén, en que los

astros se retratan en las aguas, y quiebran sus tímidos rayos en las cataratas, y entonan esa dulce cadencia que nosotros escuchamos estáticos; la hermosura de estas noches inunda de placer y de alegría el alma. Benditos seáis, soles inmensos, mundos maravillosos, que bañándoos en la ethérea luz celeste, llenáis de vida, de armonías, de cánticos, de amor, los espacios. Yo os saludo, mariposas de oro prendidas á la eterna flor de los cielos; yo os saludo, estrellas que me contempláis, que rieláis en mi espíritu, llenándolo de placer y de alegría; yo os saludo.

SATAN (*invisible, y al oído de Eva*).

¿Saludas á los astros? ¡Infeliz, infeliz! No sabes lo que has hecho. Un astro es un poco de polvo, un poco de ceniza enrojecida en el fuego; un astro, aunque dure siglos de siglos, será siempre una centella que pasa. Pero un espíritu, un espíritu es más grande que todos esos cielos, más luminoso que todos esos brillantes soles; un espíritu tiene en sí más duración y más vida que todo el Universo. Y tú, tú has manchado, has empañado el espíritu humano con tu aliento ponzoñoso. Si hubieras de un solo soplo apagado todas las lumbreras del firmamento, no hubieras

cometido un crimen tan grande... Ahora, revuélcate en tu desesperacion, retuércete de rabia las manos, muerde como la víbora tus entrañas, llora lágrimas de fuego que caigan sobre tu seno sin quemarlo nunca, desafía al Universo entero, que ya se levanta del lecho del dolor donde lo has postrado, á maldecirte y azotarte con sus tempestades; porque esta noche que contemplas, es la última noche serena del mundo, pues ya sube, ya sube hasta los astros el hálito de tu culpa.

EVA.

¿Qué voz escucho? ¿Qué lamento hiere mis oídos? Nada, no es nada.... Dios nos ha prometido una felicidad sin límites, una vida bienhadada y dichosa. Hemos nacido para vivir eternamente unidos tú y yo, mi Adán. Aquí, en este Edén, dueños de la libertad, nos sonríe eterna paz; la vida arde en el fuego immaculado de la naturaleza; el alma salta de alegría en el cuerpo; cuanto nos rodea se ofrece á nuestras caricias; el árbol baja sus ramas hasta los labios para regalarnos con sus frutas; el arroyo levanta sus gotas á la frente para refrigerarnos; el Universo entero se puebla de ilusiones, de encantos, de esperanzas; y el aire que respiramos, y la luz que vemos, y

los sonidos que oímos, y la miel que gustamos, y la vida toda que sentimos derramarse por nuestras venas, es el infinito placer de la naturaleza, enamorada de los que han venido á sumergirse en las ondas de sus continuas emanaciones.

SATAN.

¿Crees que vas á ocultar tu remordimiento? Aunque te bajaras á las entrañas de la tierra, allí estaria yo. Aunque arrojaras sobre tu conciencia toda la ceniza que puede producir el incendio del Universo, estaria allí tu mal y tu culpa presente siempre. Yo me he agarrado á tus entrañas, y atenecearé con mis uñas tu existencia. Has arrojado en la copa de la vida una gota de hiel, que ha amargado toda la existencia del Universo. En este barro por tí envenenado se ha de encerrar el alma de tus hijos, que al querer levantarse al bien se despedazará en su hondo y oscuro antro. Eva, Eva, esa armonía de la inocencia va á concluir. El cielo tendrá tempestades, las olas del mar amargura, la flor espinas, el bruto crueldad, la montaña abismos, el arroyo lodo; el rio cieno, el insecto aguijón, el ave garras; y todos los seres vivirán de una eterna destruccion, de una eterna

guerra, porque yo te he arrastrado á mí y te he vencido.

EVA.

Adan, Adan, ¿callas? Protégeme, protégeme. Siento un frio que no habia sentido nunca. Por vez primera agudísimo dolor traspasa mi corazón. Me parece que las estrellas llueven lágrimas; me parece que se deshacen sobre mi conciencia en copos de nieve los mundos. ¡Ah! ven, acércate á mí; tengo frio. Me pesa la atmósfera como si fuera de plomo. No puedo respirar. ¿Qué pasa; qué pasa por mí? Una negra sombra oscurece á un tiempo mismo el cielo y mi conciencia. Ven, acércate, porque siento temblar la tierra bajo mis piés, y yo, yo tiemblo tambien. Aquí, en este corazón tan dichoso, salta un mar de lava que va secando las flores de mi fantasía. De mis entrañas se levanta un vapor que oscurece mi pensamiento. ¿Qué he hecho yo? He probado la fruta de aquel árbol, que atraía mis ojos con su verdor, mi olfato con sus aromas, mi oído con las armonías producidas por sus hojas que mansamente meneaba el áura. ¡Por tan pequeña falta este negro remordimiento siempre, siempre vivo en la conciencia!

ADAN.

El viento se extiende en negras ráfagas por las alturas, como si quisiera apagar para siempre la eterna luz: la onda, antes dormida, que retrataba el cielo en su serena claridad, y mecía perlas y verdes yerbas, y dibujaba estelas, se levanta ensoberbecida, y muge, y hierve, y escupe ira á los cielos: el volcan, que como una antorcha de amor reflejaba su luz en las sonrosadas nieves, se agita, tiembla, se bambolea como herido de un dolor infinito: las nubes ennegrecidas traen el herviente rayo en sus alas, y queman mi frente: en el suelo volcanizado se alzan espinas agudísimas que me taladran los piés y los ensangrientan: la tierra me falta, como si un huracan la arrastrase en sus impetuosas corrientes; y en este gran estremecimiento de la naturaleza, en esta gran catástrofe, en que el mundo se desploma sobre mí con toda su fuerza, nada hay tan desolado, tan triste, tan negro como mi conciencia, que estalla en mi frente.

EVA.

Adan, Adan, la primer gota de hiel amarga mis lábios, la primer lágrima de desesperacion

quema mi rostro, el primer dolor taladra mis entrañas, la primer espina se ha clavado en mis piés, la sangre abreva ya la sedienta tierra, y todo, todo es pena; porque mientras se desgaja la encina, y las anchas palmas se baten una contra otra, la flor, mi compañera, la tímida flor que nacía entre la yerba, cuidada por mí, por mi besada y bendecida todos los días, cuando me guardaba en su corola un poco de miel, una gota de rocío y sus regalados aromas, único festín de mi tranquila existencia; la flor querida se deshoja, se pierde, y yo no puedo llorarla, porque esta perturbación, en esta angustia de todos los seres, en este revuelto, atroz torbellino que nos azota, ahora que cae sobre el Universo la ira de Dios, yo solo tengo corazón para sentir tus penas: que podrá mudarse toda la naturaleza, pero no se mudará nunca para tí mi amor.

ADAN.

El ángel del Señor baja del cielo, y con su espada de fuego azota nuestras espaldas. Alrededor de las estrellas, antes tan lucientes, veo círculos negros que quieren sin duda encerrarlas en espesa oscuridad. Las gigantescas nubes, arrastradas por las alas del viento, vuelan por do quier, ora

condensadas, ora deshechas, derramando negro espanto. El relámpago que las ilumina con sus siniestros reflejos, finge en las nubes cordilleras de volcanes suspendidas sobre mi cabeza. El trueno, nunca antes oído, el trueno terrorífico que habla en el seno de la tempestad, amenaza derrocar el firmamento sobre la tierra. El huracán me abofetea con las piedras que ha arrancado de su asiento y las hojas secas manchadas de lodo. Las ondas del mar se levantan en montañas fugaces que vuelven á desplomarse sobre la inmensa superficie, y su espuma hirviente moja mis labios, y los amarga con amarguísima amargura. Las aves, heridas por el rayo, lanzan agudos quejidos que me traspasan el pecho. Las montañas producen un sordo rumor, como si quisieran estallar al ímpetu de la desesperación violenta que agita á la naturaleza. El rayo hiende la encina, que cae desplomada á los abismos, en cuyos negros antros hierva el mal. Toda la naturaleza se ha amargado; pero esa tempestad es plácida armonía en comparación de la terrible tempestad de mi conciencia. Un torrente de hiel corre, se desploma de mi mente sobre mi corazón. He mordido el fruto del mal, y ha secado mis fauces, y ha envenenado toda mi vida. ¡Qué terrible desgracia!

EL ANGEL DEL PARAISO.

Señor, he cumplido tu mandato. Los antes bienhadados mortales corren por la tierra sin encontrar una piedra donde reclinar la cabeza. Entre inmensas cordilleras, al borde espantoso de los abismos, bajo témpanos de hielo que amenazan sobre ellos desplomarse, hundiendo los piés en la nieve, azotados por el huracan que agita sus cabellos, heridos por la primera pena, recibiendo en sus desnudos cuerpos todas las inclemencias de los elementos por primera vez inclementes, apoyado uno en otro, derramando lágrimas que se hielan en sus rostros al frio beso de la noche, perdidos en la espesa oscuridad, sin más luz que el resplandor melancólico de la luna cuando alcanza á traspasar con sus rayos las espesas nubes; pálidos, trémulos, errantes, poseidos del miedo, recibiendo por sus poros abiertos el veneno con que el genio del mal ha empapado la tierra; su lamento, que el huracan me trae en sus giros, quebrantaria hasta las peñas, si fuese capaz de compasion la fria materia, pues en su dolor primero se encuentra el gérmen de todos los dolores. Alzados sobre los abismos lucientes por la nieve, é iluminados por la pálida luz de la luna,

y agitadas sus cabelleras por el huracan, y heridos todos sus miembros, y mirándose, compungidos ambos, cada uno de los dolores del otro, parecen dos sombras que van á perderse, que van á huir de la tierra. Compasion, Señor, compasion para ellos.

ADAN.

Esta montaña tiembla. La nieve nos envuelve. En algunos momentos la nube inflamada que pasa nos quema. En otros instantes el frio congela nuestra sangre. El huracan levanta en sus alas el mar como una inmensa tromba que intenta apagar la luz de los astros. El fugaz relámpago deja un surco de fuego en los cielos tempestuosos y oscuros. ¿Y no concluirá nunca este dolor?

EVA.

No desesperemos, Adan. Al través de esta oscuridad veo la primer estrella que se reflejó en mis entreabiertos ojos en el primer instante de mi vida. Estrella, baja y alumbranos con tu luz. Bajo estos montes de nieve oigo correr el primer arroyo que me besó los piés cuando di mi primer paso por la tierra. Arroyo, deshaz estas nieves y enséñame de nuevo el camino del Edén. Sobre la

rama de una encina desgajada veo un nido, que tal vez guarda pajarillos que nos regalaban con su cántico. Venid, avecillas, venid á consolar mi duelo. En el fondo de esas cavernas dormirá el leon. Llamémosle para que nos caliente con su aliento. En lo alto de esos peñascos anidará el águila. Gritémosle para que venga á llevarnos en sus gigantes alas. Por estos espacios debe ir el elefante. Si nos vé, doblará la rodilla para sostenernos. ¡Oh! aún no, aún no hemos podido perder el dominio de la naturaleza, el amor de todos los séres.

ADAN.

El mal tenia hondas raices en mi alma, y se ha levantado, y ha cubierto con su negra sombra todo el Universo. ¡Ay! El mundo ya, Eva, no puede obedecernos. Ha concluido aquella pureza que hacía que el Universo se retratase immaculado y divino en nuestras almas. Hemos roto la dichosa armonía en que vivíamos con la naturaleza, y la que ayer nos ofrecia el regazo de madre, hoy es nuestra enemiga. Un aliento no más, un aliento escapado de nuestros lábios, ha cubierto de sombras espesísimas todo el cielo, para siempre empañado. Y aquí, aquí en mi cerebro, bajo los

huesos doloridos de esta cabeza que antes irradiaba la luz de la vida, siento alborotarse mi conciencia, que me abrasa todo el cuerpo, como si fuera un océano de ardiente lava. Todo nos abandona.

EVA.

No lo creas, no todo nos ha abandonado. Aún no podemos haber perdido aquella virtud que nos atraía todos los séres. ¿Te acuerdas? Envueltos en la vestidura de oro que nos ceñía la primera luz, coronados por el cielo resplandeciente de inocencia, pisando las flores nacidas en la primera expansion de la naturaleza, arrullados por el cántico de todos los séres, bendecidos por los bosques, cuyas anchas hojas derramaban á torrentes la vida, que recibíamos como recibe el lago la lluvia del cielo; dó quier volvíamos la vista, encontrábamos la abeja que nos traía miel, la mariposa que respiraba nuestro aliento, el águila que se levantaba orgullosa y triunfante á los aires lanzando gritos de alegría, el leon que nos abría camino con sus garras y que venia con la cabeza baja á besarnos los pies, el tigre que saltaba de rama en rama jugueteando, y se tendía en la tierra por el placer de que le pisáramos...

ADAN.

Calla, calla. No encones así mi profunda herida.

EVA.

En aquella roca distingo un ave. Sus ojos brillan en la oscuridad como entre las rasgadas nubes dos tímidas estrellas. Ven, ave mía, como en los tiempos felices de mi vida, ven y escucha mi voz. Canta un himno de triunfo, de alegría, un gorgo de amor para consolar la pena de mi amado; vé, sí, vé á los bosques, y trae en tu dorado pico frutas para saciar el hambre de mi amado; corre, corre por los campos, reúne las hojas, los hilos de las plantas, y abrigaré contra el frío á mi amado; y despues tenderás tus alas, tus anchas alas dispuestas para surcar lo infinito, nos ofrecerás en ellas un lecho de amor, nos levantarás sobre los abismos y sobre los picos más altos de los montes, para que podamos regocijarnos en el primer sonrosado rayo de la mañana, á ver si rompemos las nubes, y salimos de esta oscura noche, y llamamos con nuestra voz y con tu cántico al sol, pues tarda tanto que parece haberse dormido de nuevo en el lago bituminoso del cáos.

EL BUHO.

Yo no gusto de la luz que me hiere, de la luz que me ciega; yo soy enemigo del sol; yo me envuelvo en el manto frío de las tinieblas. Yo no sé cantar, yo no he cantado nunca: yo gimo siempre. Yo no sé compadecer penas, sino causarlas; yo no sé vestir al desnudo, sino desnudar de sus carnes á los animales que puedo alcanzar con mis uñas. Yo, aquí, hijo predilecto de la noche, nacido en antro profundo, revolcándome en las frías tinieblas, fantasma terrorífico, guardo mis sedosas traidoras plumas, mi cortante y afilado pico, mis crueles garras, mi feo rostro, mis hundidos fosfóricos ojos, mi estrecho cráneo, mi sed de sangre, mi hambre de carne cruda, mi ódio, mi eterno ódio á todas las cosas, mi horror, mi eterno horror á la luz, á la vida, á la armonía; guardo todo esto para auxiliar esa continua fuerza que está destruyendo y arruinando la naturaleza, porque yo he nacido de la primer gota del mal caída sobre la tierra. Apártate, pues, ó bajaré de aquí y clavaré mis garras en tu vientre, y hundiré mi pico en tus carnes, y beberé tu sangre, y respiraré el último soplo de tu vida, y batiré mis alas sobre tus estremecimientos de dolor, y mezclaré mi

agudo ingrato gemido á tu postrer suspiro, y me gozaré en lo que aún no conoces, en la destrucción, en la muerte.

EVA.

¡Qué horror, Adán, qué horror! El ave, antes tan hermosa, se ha vuelto deforme, horrible, carnícera. Me amenaza, me persigue, me acosa, me quiere herir. ¡El mal por todas partes habrá extendido sus negras manchas? ¡Oh! Pero estas aves siempre fueron altivas. Contentas con volar por lo infinito, siempre nos miraron con menosprecio. No, no es verdad. Deliro, desvarío. El primer desengaño ha traspasado mi alma, y ha traído lágrimas hirvientes á mis ojos; el desengaño, que es la esencia del dolor. Por allí veo saltar un tigre, uno de aquellos tigres que jugueteaban en el Paraíso. Ven, escucha mi voz. Yo te llamo, fuerte animal, yo te llamo. Lame las heridas que las espinas han abierto en los piés de mi compañero. Calientalo con tu poderoso aliento, porque el infeliz está yerto y se muere de frío, sí, de horrible frío. Ven, síguenos como en aquellos tiempos en que solo para alegrarnos jugueteabas, saltando de rama en rama con ingénuo contento.

Ven, hermoso animal, ven, y oye mi voz que te llama, y atiende á mi corazón que te busca.

EL TIGRE.

No te acerques á mí, porque te devoraré. Estoy harto ya del gran pasto de carne cruda que he tomado desde el instante en que he sentido en mí este instinto de destrucción y de muerte que me ciega. Y mi sed de sangre es inextinguible. Aunque esa catarata que cae de ese alto peñasco se tornara sangre, no extinguiría, no, mi ardiente sed. Este largo cuerpo, estas cortas patas, estos agudos dientes, estos perspicaces ojos, esta agilidad, esta fuerza de mis músculos pegados inseparablemente á mis huesos, esta fuerza invencible, esta hambre insaciable, esta sed de sangre inextinguible, este continuo devorador instinto de aniquilamiento, me mueven, me agitan, me arrastran á cebarme en mis víctimas, á sumergir mi lengua de color de sangre en sus calientes entrañas, á revolcarme en sus miembros palpitantes; porque yo, yo tengo amor á la muerte desde el instante en que la primer sombra del mal ha cubierto mis pálidas pupilas, y ha ensangrentado mis torbas miradas, y ha caído sobre mi negro corazón, que es un pedazo de sangre coagulada.

Acaríciame, y verás cómo devoro la mano con que me acaricias. Acércate, y verás cómo te desgarró, y arrojó por estos despeñaderos tus miembros palpitantes. Yo vengo á auxiliar con mis uñas y mis dientes al dolor y á la muerte.

EVA.

¡Ay! Adan, Adan. Por todas partes veo el mal, que no es más que la sombra de mi conciencia. Por todas partes veo desquiciado el mundo, y sus fragmentos llegan á mis piés y los aplastan. Por todas partes encuentro el dolor que hirió mi pecho cuando apuré la copa que Dios habia reservado en el fondo del Paraiso. Un vértigo me posee. El dolor universal estalla en mi pecho, como esta tempestad en el cielo. ¡Ah! Pero allí veo la serpiente. Dime, serpiente, dime cómo he de volver al Paraiso. Enséñame el camino de la inocencia, como antes me enseñaste el camino del mal.

LA SERPIENTE.

Eva, yo solo puedo hacer el mal. Si quieres, me enroscaré al árbol de la vida, y clavaré más y más mi áspid venenoso en sus amargas frutas, para lograr que la nada reciba el Universo en su seno, el Universo desesperado y herido. Yo solo

podré fascinar con mis ojos, ahogar con mis anillos, herir con mi lengua, deslizarme tortuosamente por la tierra para sembrar el mal en mi camino. Aquí todo, todo es destruccion. La tierra es consumida por el vegetal, y el vegetal devorado por el insecto, y el insecto comido por el reptil, y el reptil destrozado por las aves, y las aves desgarradas en los aires por las uñas de sus hermanas rapaces; y sobre todo este círculo de tinieblas, de ódios, de feroces instintos, de destruccion, sobre esta gran pirámide de enemistades y de luchas, pirámide amasada con la sangre de todas las generaciones de la tierra, extiende sus oscuras alas el grande, el inmenso murciélagó, la muerte.

EVA.

¡Qué horror! ¡Qué horror! Allá bajo, á la mustia luz de la luna, veo unos séres de mí desconocidos. Saltan, se agarran de las manos, se miran, ruedan, bailan, rien, se unen y se desunen, se persiguen, se abrazan, se columpian de los árboles, vuelven á la tierra jugueteando, andan en dos piés como el hombre, y se apoyan en un báculo. ¡Ah! ¿Si serán hermanos nuestros,

que tendrán compasion de nosotros? Séres desconocidos, venid, venid; amparadnos.

ADAN.

¡Infeliz! Cree que en la naturaleza puede aún haber consuelos para nosotros. Todas las fuentes del amor, del bien, de la esperanza, se han cerrado; todos los manantiales de la vida se han extinguido. En el pecho de la dulce madre, que antes vertia en nuestros lábios regalada leche, solo queda hoy acibar y hiel. Ya veo volver á Eva azorada. ¡Habrá encontrado un nuevo dolor, se habrá herido en la realidad de la vida con una nueva espina!

EVA.

Vuelvo toda azorada. Allá, en el valle, á la luz de la luna, habia visto unos séres que me parecieron hermanos nuestros por su forma. ¡Qué horror! Andaban en dos piés, y arrastraban largas colas por el polvo; sus ojos me miraban aviesos; sus rostros se parecian á nuestro rostro contrahecho; sus narices eran aplastadas; su boca sumida; su cuerpo ágil; sus vestiduras súcias pieles; y al acercarme á ellos, me miraron, me rodearon, me quisieron estrechar en sus inmundos

brazos, me quisieron besar con sus asquerosos lábios, me amenazaron, me persiguieron, se burlaron de mí con mohines sardónicos, formaron un círculo espantoso, y sus muecas, y sus miradas, y sus sonrisas, y sus saltos, á mis ojos son como una burla terrible con que insulta naturaleza nuestro dolor. Cuando el Universo lanza á sus hijos esa carcajada epiléptica, no queda ya en el cáliz de la vida ninguna esperanza. La gran persecucion es un castigo, pero la burla es un desprecio. El dolor solemne y triste es una lágrima que se une á nuestra lágrima, pero la risa sardónica es el dolor mismo que se burla de nuestra desgracia. ¡Oh! naturaleza, naturaleza, por todos tus poros destilas tan solo hiel y veneno.

ADAN.

¿Tú ves, tú ves esa burla? ¿tú oyes esa carcajada? Pues yo por todas partes veo la sombra de mi asqueroso delito. La naturaleza, con el mal en los lábios, escupe amarga espuma. Aquí sólo veo, en vez de aquel océano de armonía y de colores, el erizo con su vestidura espinosa rodando hasta mis piés; la musaraña en un monton de inmundicias; los gusanos que salen de las hojas po-

dridas pegadas por el viento en la nieve; millares de topos que se ahogan en las ondas de un ríocénagoso; bandadas de murciélagos que fingen negras nubes en el opaco horizonte; osos hambrientos que saltan de roca en roca devorándose unos á otros y tiñendo con su sangre los témpanos de hielo; panteras manchadas que hacen resonar con sus mahullidos las oscuras cavernas; sapos que nacen de las huellas de mis piés; verdes cocodrilos que abren su boca para devorarme, enseñándome sus negras fauces; aves de rapiña que vuelan sobre mi frente, amenazándome con sus garras; víboras que engendra mi amarga saliva cada vez que cae sobre la tierra; serpientes que se levantan sobre mi cabeza y me azotan con sus ligeras y cortantes colas; y cuando para mi consuelo quiero recoger una lágrima tuya, sí, una lágrima de tus ojos, me abrasa y me devora con su fuego las carnes; y si cae sobre la tierra, levanta un vapor que me sofoca y que me roba el pensamiento, arrojándome en un horrible vértigo, y revelándome las espesas tinieblas donde nos hemos anegado.

EVA.

A la luz del relámpago veo brillar el Océano

que se acerca á nuestra montaña. Hablémosle. Lo infinito fué siempre generoso por ser grande.—Azulado mar, no vengo á pedirte que reflejes en tus aguas todas las estrellas, como en las noches serenas, creando nuevos cielos en tus ondas; ni que mezcles el suspiro amoroso de tus húmedas brisas al suspiro helado de mi pecho, ni que me ofrezcas nacaradas conchas y albas flores; ni que entones esos cánticos de amor, cual hacías cuando yo te mandaba mis canoras aves á hollar, gorgoando, tu tranquila superficie con sus ligeras alas; ni que me guardes una gruta cristalina, azul, cubierta de musgo é iluminada con las fosfóricas estelas que parecen huellas de la luna en tu seno; ni que me regocijes con una de esas noches serenas y espléndidas, en que todo el aire es amor, toda el agua alegría, todos tus rumores místicas plegarias, todos tus séres pequeños mundos inundados de luz, todas tus arenas como esas fajas de estrellas que cruzan los espacios; no vengo, no, á pedirte auxilio, sino compasion, compasion, para que humedezcas con un beso de tus espumas mis ojos, porque se ha agotado el manantial de mi llanto.

EL OCÉANO.

No puedo; estoy ardiente y rabioso como en el primer día de la creación al caer de la atmósfera encendida sobre mi lecho de lava. Mis aguas hierven azotadas por el rayo. En mi seno sólo guardo el abismo pavoroso, insondable, donde se entrec chocan mis tonantes ondas rugiendo como una tempestad desencadenada. El viento que pasa me empuja, me ensoberbece, me levanta, y cuando voy á escalar el cielo para traerme entre los pliegues de mis torbellinos los astros, vuelvo á desplomarme impotente, escupiendo toda mi amarga espuma á lo infinito, que me oprime como un abismo caído sobre mis verdi-negras espaldas. Yo quiero deshacer en mi seno las montañas, rasgar con mi impetu la verde túnica de los valles, revolcarme en las eternas nieves para calmar mi ardor, apagar con mi saliva los volcanes, y quedarme sólo, sí, sólo en la creación, como allá cuando tranquilo dormía entre el caos y la nada. Yo sólo puedo ofrecerte mis mónstruos, mis tiburones, mis abismos, mis tempestades, mis huracanes, los sacudimientos del terremoto, las tinieblas, las trombas, la eterna horrrisona guerra; porque quiero destruir todos los séres vivientes,

para amasar las sustancias de la tierra, las fibras de las plantas, los huesos de los animales, y con la fosfórica luz que me dé su podredumbre descompuesta en mis aguas, formar más mundos que tienen los infinitos espacios, pues me siento hervir de celos y de rabia desde que los ángeles han derramado sobre mis antes tranquilas ondas la ira de Dios, vaciando en mi seno hasta sus heces la amarga copa del mal.

EVA.

Adan, huyamos, huyamos. El mal está en toda la creación. Aquí palpo una cueva. En su seno envuelto en tinieblas pasaremos nuestra vida. Dios ha arrancado para siempre el sol del cielo. Quiere que vivamos en esta negra oscuridad. Sólo el relámpago que pasa quemando nuestra frente nos recuerda que aún existe la luz en la dormida naturaleza; pero luz pálida, maldita, que viene á acrecentar nuestro dolor; luz que es el destello de nuestro remordimiento reflejándose en el espacio.

ADAN.

No te lamentes, no llores. ¿Qué hemos de hacer? ¿Cómo nos revolveremos contra nuestra desgracia? Tu quejido se mezcla al mugir de las olas,